



HACIA *el* SENTIDO



NICOLE PUTZ

UN VIAJE A LAS SABIDURÍAS ANCESTRALES
PARA ENCONTRARSE A UNO MISMO



 Planeta



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial

© 2025, Nicole Putz

Derechos exclusivos de edición:

© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: marzo de 2025

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

RPI: 2025-A-23

ISBN: 978-956-408-704-7

Impreso en:

NICOLE PUTZ

HACIA *el* SENTIDO

UN VIAJE A LAS SABIDURÍAS ANCESTRALES
PARA ENCONTRARSE A UNO MISMO

Para ti Santiago, hijo mío, que
me impulsaste a soñar con
un mundo mejor. Creo en la
humanidad porque creo en ti.

Para ti Oma Ana, que sé que
hubieses amado escuchar
todas estas historias.

A Valentino, que sintió estas
letras antes que nadie.

Y para los artistas que creen
fervientemente que el arte
puede cambiar el mundo.

Índice

Prólogo	11
Introducción	15
Primera parada: Japón	47
Lecciones sobre el silencio	54
Colectividad versus individualidad	61
La esencia guerrera japonesa	62
La conciencia colectiva	66
El gozo de la vida y el <i>wabi sabi</i>	71
<i>Mindfulness</i> y la aldea Zen	80
El budismo soto zen y los baños de bosque	84
Segunda parada: Egipto	97
¿Por qué? no es siempre la pregunta correcta	101
Como es arriba, es abajo: un principio universal	104
Las pirámides del misterio	110
La otra historia	112
El legado perdido de la mujer más olvidada de Egipto	124
Faraona autoproclamada	125
Energía femenina en lugares masculinos	132

Tercera parada: India	137
Un caso único en la humanidad	142
El fondo por sobre las formas	146
La deconstrucción antes de construir: mirar a la muerte de frente	154
 El viaje continúa	 167
El regreso de la diosa	172
El futuro es en paz	180
La autodefinition como constante actualización	183

Introducción

¿Qué hago aquí?

Todos nos hemos preguntado alguna vez por el sentido de las cosas. ¿De dónde venimos?, ¿qué hacemos aquí?, ¿por qué hago esto? Pareciera que uno de los primeros instintos de los humanos cuando se asienta el lenguaje y la conciencia del yo es preguntar ¿por qué? Es una etapa que todos quienes somos padres conocemos a la perfección: los niños durante un buen periodo se empeñan en preguntar compulsivamente el por qué de absolutamente todo, un mecanismo para emprender una maratónica corrida por tratar de aprehender el mundo a su alrededor.

Es curioso que dicho instinto con los años se vaya empolvando y quedando bajo las capas aplastantes de lo que debe ser. Pronto, la rutina, las expectativas sociales y el camino que nos hayan señalado culturalmente como el correcto se apoderan de todo. La curiosidad es necesaria, pero no en demasía. El pensamiento crítico se celebra, pero en la medida en que no desequilibre el sistema. Y lo más importante: debes ser funcional.

Presentémoslo así: mi etapa del por qué de las cosas no se terminó nunca. Esa pequeña voz se fue expresando menos con los años, pero siguió existiendo siempre. A veces, le pedí pequeñas treguas, mientras encontraba alguna respuesta. Al igual que un padre, a veces no encontraba las palabras precisas para explicar algo muy complicado o sentía que no era un buen momento para enfrascarme en un análisis.

Fui una niña curiosa y multifacética, con un carácter muy fuerte, que muchas veces desbordaba los esfuerzos de mis papás para encauzarme por los caminos del sistema tradicional, por mi carácter más que por las obligaciones. Nunca me costó estudiar y siempre tuve un lado creativo, soñador y artístico latente en todas mis actividades. Digo latente porque en mi formación desafortunadamente, esa área no era valorada. Como era buena un poco en “todo” y tenía excelentes notas, con los años empecé a usar esto como salvoconducto ante mis constantes salidas de guión. De cierta manera, era como hackear el sistema: me exigen buenas notas y aquí están, entonces ahora puedo hacer lo que quiera.

Antes de cumplir diez, era una fanática de las ciencias naturales —la biología, la química— y de todos los esfuerzos formales de los seres humanos por explicar el mundo en el que viven. La historia, sin embargo, tomó la batuta dentro de mis intereses, sobre todo después de un viaje a Europa con mi mamá y mi abuelo, una verdadera enciclopedia histórica. Paseamos por diferentes palacios y también por los principales museos. Me acuerdo de que después de ese viaje, con 10 años, estaba obsesionada con la trascendencia de las personas. Había gente que había dejado grandes obras arquitectónicas; otros, lienzos hermosos y algunos solo habían dejado terribles calamidades a su paso.

Entonces me pregunté por primera vez: ¿qué hago en este mundo?, ¿qué voy a dejar para la posteridad una vez que muera? Y, más que nunca, pensé que los humanos somos muy raros y especiales. Mi papá nunca me decía mucho cuando yo le planteaba esta duda existencial. Solo me sonreía y me decía que si seguía estudiando con ahínco, ya lo descubriría. Para mí realmente era un tema muy serio y recuerdo pasar largos períodos pensándolo en profundidad.

Lo que más me deslumbraba de la humanidad era su historia, su devenir y sus infinitas expresiones artísticas. Esto último era algo que realmente colmaba mi curiosidad, porque a diferencia de las ciencias exactas, el arte no tiene una fórmula ni una explicación sistematizada. Su lógica radica en los intrincados hilos emocionales y mentales de quien se expresa. De alguna manera, en las actividades artísticas cada uno arma su sistema y defiende su coherencia. Eso me parecía particularmente genial, porque

no tenía cómo capturarlo en un solo método ni en un solo libro. Exigía una flexibilidad única como receptor, un verdadero deporte conceptual y un ejercicio de elasticidad del corazón.

Tuve algunos intentos de seguir actividades artísticas que fueron poco potenciados en mi casa: la música siempre me resultó fácil y tengo gran oído, así que decidí tocar violín, pero tuve pocas clases. También escribí una obra de teatro para el colegio, pero me respingaron la nariz cuando pregunté si podía ser parte del grupo de teatro arguyendo que debía ocupar esas horas para sacar excelentes puntajes en la prueba de admisión a la universidad. Finalmente me uní, pero por poco tiempo. El ballet también fue descartado por ser poco útil para mis actividades académicas formales y solo lo retomé en la época de la universidad, donde lo pagaba con mi mesada, a duras penas, por periodos intermitentes. Intenté pintar, pero me reclamaban sistemáticamente por el olor del óleo y el problema que suponía tener un cuadro en permanente proceso de secado en mi pieza. De a poco se instaló el chiste familiar de que empezaba muchas cosas y las dejaba prontamente, pero en verdad creo que era una forma de tirarme las orejas de una manera bien torcida, para impulsarme a estar centrada en lo académico y punto.

Pienso que mi profesor de arte del colegio siempre vio ese sentimiento ahogado en mí y pese a que no era prodigiosa en mis habilidades manuales apenas explotadas, siempre me celebró la presencia de inusitados conceptos tras mis expresiones artísticas. Cuando egresé, él me dio el premio de arte de la generación. Mi mejor amiga me había ganado por una centésima con el promedio de mejor alumna, sin embargo, el premio de arte que llegó por sorpresa significó mucho más, lo tomé como un verdadero voto de confianza de un ser creativo a otro. Un guiño significativo sobre el que volví incansablemente en los años venideros.

Eventualmente, mi refinado método para hackear el sistema se volvió en mi contra: dados mis resultados académicos, estaba instalada la idea de que tenía que estudiar una carrera de alto rendimiento sí o sí. No estoy diciendo que fuese una idea egoísta de mi entorno, porque no me costaba estudiar y siempre fui ambiciosa. Además, siempre he sido muy libre y ya desde esa época sabía que en el futuro tenía que trabajar en alguna actividad que me

diera autonomía y absoluto poder de decisión, entre otras cosas, por mi largo prontuario de problemas con las figuras de autoridad (como mis papás y profesores) y el desdén que en general sentía por las normas.

Entonces fui aceptada en Bachillerato de la Universidad de Chile, un lugar perfecto que me permitiría explorar más disciplinas e hincar los dientes definitivamente en algo en lo que me proyectara. Entré sin una idea clara, pero estar en la universidad fue tremendamente liberador, un alivio enorme. Mi cabeza pudo volar por temas que hasta entonces jamás había escuchado.

Recuerdo haber tomado un curso libre con un connotado matemático, el profesor Yáñez, cuya trayectoria profesional se desarrollaba principalmente en el campo de las probabilidades. Honestamente, lo tomé porque era lo único que calzaba en mi horario. Parte importante de su curso fue el estudio de fractales infinitos, unas especies de mandalas que crecen geométricamente sin parar. Con este objeto el profesor nos hizo dibujar literalmente la exponencialidad, una palabra que me parece difícil hasta hoy. Los pobres humanistas sufríamos con las abstracciones matemáticas del profesor, pero tenía buen sentido del humor y como era un curso libre, muchas veces nos dejó aprobar dibujándole un buen fractal para colgar en su oficina, que parecían complejos y coloridos mandalas.

Un día proyectó desde un programa computacional a tres hormigas caminando aleatoriamente. La dificultad radicaba en calcular la probabilidad con la que una hormiga podría tocar un punto particular arriba de la pizarra. Como te podrás imaginar, especialmente si eres malo para las matemáticas como yo, el resultado tenía varios ceros y todo parecía salirse de control. También nos hacían calcular la probabilidad de que una hormiga se topara con otra. Él se reía y nos decía: queridos alumnos, esta es la vida misma. Estoy segura de que cada uno de los asistentes nos identificamos con alguna de esas hormigas. Por primera vez le encontré algún sentido a la cátedra y levanté la mano para preguntarle qué pasaba si agregábamos decisiones voluntarias a las hormigas, si les otorgábamos conciencia: entonces, el ejercicio se convertía en una verdadera teleserie de conjeturas matemáticas

que excedían los objetivos del curso. Esta idea loca me quedó dando vueltas durante años —la retomaremos más adelante— y me marcó totalmente, porque sentía que alguien intentaba medir los misterios de la vida, las cadenas de causalidades y el factor X que él siempre mencionaba.

En la universidad fui feliz, porque era un lugar donde se celebraba mucho el famoso “pensamiento crítico”. Me vi rodeada de mucha gente con ideas y genuinos móviles personales, fluyendo y experimentando. Nada era una verdad absoluta y aunque eventualmente terminé estudiando Derecho, pensando que mis habilidades por escrito y orales podrían ser bien aprovechadas, nunca me arrepentí, más aún, terminó de forjar mi carácter. Por esto siempre lo menciono, porque creo que es parte importante de quien soy. Digo que no me arrepiento, porque si me conoces de la esfera pública ya sabes cómo sigue la historia: egresé, pero jamás ejercí.

En la escuela tuve momentos de grandes letargos, debo reconocerlo, pero también pude meter los dedos en textos de filosofía del Derecho y de teoría política, que analizaban el mundo con un nivel de especificidad increíble. Para entonces ya había pasado por cursos de Psicología, Economía, Antropología y Ciencias Políticas, pero los de Filosofía seguían siendo mis favoritos. Sin embargo, hubo otro que cambió mi rumbo: un curso libre de reiki, en las amplias aulas de una facultad que ha forjado su prestigio con base en el análisis crítico y riguroso de las leyes y el liderazgo duro de sus egresados.

A pesar de lo exótico, ahí estábamos, leyendo en voz alta, de manera alterna entre los asistentes, las características básicas de cada chakra, sobre lo cual se sostiene la técnica holística del reiki. Para muchos era una clase totalmente desconcertante y tenía muchos compañeros que asistían con completo desgano. Yo encontraba genial la situación, pero más aún lo que nuestra profesora nos enseñaba.

Una de las primeras lecciones fue leer desde el corazón. Cuando lo mencionó como un requisito para aprobar el curso, se escuchó un refunfuño generalizado y algunas risas burlonas ahogadas. Sin embargo, ella parecía divertirse más que nadie. Venía del

mundo del teatro y con una amplia sonrisa invitaba siempre al más serio a leer un párrafo del manual del curso desde el corazón. Mientras el alumno leía, ella cerraba los ojos. Normalmente al abrirlos, replicaba que el tono de la lectura no le había tocado el corazón y le pedía al estudiante que, por favor, volviera a leerlo, esta vez sí con intención. Entre risas, nos decía que este curso no se aprobaría si seguíamos leyendo el texto como los artículos de un código civil. Esta fue su única exigencia para aprobar. Ni siquiera le interesaba la asistencia, menos que todos quisieran ser reikistas. Y qué buen ejercicio: muchos sucumbieron a la presión de la norma más extraña que podrían haber oído en una escuela de Derecho, para finalmente confesar que no lo lograban porque se sentían estresados o porque no le encontraban el sentido a las cosas. A veces se referían al texto, otras veces a sus propias vidas.

Yo misma me lo empecé a cuestionar. En esa época había leído mucho de filosofía y me había adentrado en cuanto tema “ocultista” pasara por mis manos, para oxigenarme un poco de tantos textos densos. También me había obsesionado con leer sobre la mitología y las creencias religiosas de pueblos prehistóricos. En general, mi vocación se volcaba cada vez más a analizar cómo se sentían las personas frente a la injusticia, en vez de hacer parte de largas discusiones judiciales sobre una cuestión totalmente práctica que por crucial que fuera, me hacía cerrar los ojos.

La parte práctica del Derecho nunca me importó y eso era grave, porque el Derecho es esencialmente práctico. Albergué la esperanza de encontrar mi camino dentro de la carrera durante años, pero en la medida en que se fue terminando me seguía sintiendo perdida y para arrancar del asunto iba a las librerías: mis estantes eran los de historia, psicología y esoterismo. Pasaron por mis manos grandes libros que recién se daban a conocer en la época, como *El Método*, de la psicóloga chilena Lita Donoso, a quien admiré muchísimo y que me dio esperanza al ver cómo otras personas con formación académica tradicional daban espacio al análisis de temas poco convencionales para la época. También me topé con otros textos más antiguos, como *Autopoiesis*, de Francisco Varela y Humberto Maturana, y *El Cáliz y la Espada*, de la antropóloga

alemana Riane Eisler. Estos tres libros fueron muy importantes en mi época universitaria.

A los 25 años dejé la idea de ser abogada y me aventuré a vivir de las redes sociales en un momento en que aún era impensado. Resulta que me tocaba estudiar para el examen de grado, pero entonces mi pequeña vocecita se quejó sin parar y me dio la idea de arrancar y probar con una idea loca. Literalmente, se sintió como una fuga. Esta fue oficialmente la primera vez que miré de frente a la pérdida del sentido: había estado bueno ya de estudiar y aunque en varias áreas me movía como pez por el agua, aún no le había dado la oportunidad a mi creatividad. El mundo de cualquier expresión creativa tiene la libertad infinita de poder ser coherente, aunque sea solo para su creador, sin necesidad de tener receptor siquiera. Un universo con sus propias leyes, eso quería yo: mis normas.

Dicen que la ignorancia a veces puede ser una bendición y también agregaría la juventud. Honestamente no me detuve a hacer una análisis súper acabado de qué hacer y simplemente empecé. Tal vez se trataría de un *hiatus* en mi carrera de abogada o, en una de esas, me resultaría y podría pagar mis cuentas gracias a la moda. Por primera vez en mi vida me llené de propósito y si no hubiese sido por mi carácter todoterreno, no habría sobrevivido. No creas que fue inocuo: durante 10 años dormí en posición fetal. Mi mente se mantenía firme en el objetivo, pero mi cuerpo espejaba el miedo al fracaso. Acudí a mi psicoanalista de manera casi ininterrumpida por años, considerándolo casi un costo hundido para mantenerme cuerda laboralmente.

La osadía de cambiarme del Derecho al mundo de la moda fue analizada por un sociólogo de la época en un diario tradicional; este señor analizó mi caso con nombre y apellido, y otros supuestamente similares, haciendo un repaso por mi generación, donde las ovejas negras servimos de ejemplo para poder explicar el comportamiento de un grupo de gente perdida, que no sabe qué quiere ni qué busca, donde el compromiso es circunstancial con lo que sea y que solo está obsesionada con las redes sociales y viajar. Todo así: superfluo, antojadizo y adolescente.

Esta transición primero me volcó a mi fuero interno en un mecanismo de supervivencia absoluto y tuve que racionalizar rápidamente. Mi contexto social me estaba criticando, ¿por qué? Para mí fue una rebeldía tremenda dejar en pausa una potencial carrera de Derecho para dedicarme a la moda. Pero la segunda gran rebeldía fue arreglarme siendo mujer en un país machista. Así de simple. Si te maquillas, “¿para dónde vas a salir?”, “¿no será que te arreglaste mucho?”, “uff, parece que se está dedicando más horas a la peluquería que a trabajar”. Todas estas frases terribles eran súper cotidianas de frente o a espaldas de quienes éramos cuestionadas, aunque hoy, gracias a generaciones como la mía y también a las más jóvenes, se ha ido finalmente desdibujando.

Bajo ese contexto, mi antiguo librito de Riane Eisler se convirtió en un verdadero tratado de autoayuda. *El Cáliz y la Espada* se convirtió en mi terapia porque analizaba desde la cultura ancestral cómo siempre se subestimó la participación femenina prácticamente en el área que fuese. Piénsenlo un poco: las mujeres que eran bonitas, eran maléficas seductoras como Cleopatra; las mujeres que osaban a detentar el poder normalmente eran descritas como mujeres duras y difíciles, como Margaret Thatcher, y no necesitamos nombres específicos para referirnos a otro tipo de arquetipos femeninos históricos: la bruja, la envenenadora, la embaucadora, la manipuladora.

El libro de Eisler daba cuenta con datos históricos de que, a menos que las mujeres fueran serviciales, secundarias y útiles a las causas masculinas, con bastante probabilidad eran descritas como las malas de la película. Esa justificación conceptual me arrojó y les dio las herramientas precisas a mis mecanismos de defensa para poder racionalizar el rechazo social a mi cambio de rumbo.

Es un libro que tiene una mirada no lineal de la historia, como siempre se nos ha enseñado, sino que hace un estudio holístico de la historia, como un todo. Todo con una premisa: el sistema actual no da abasto, ¿qué estamos haciendo mal?, ¿cómo nos repensamos como humanidad?, ¿cómo aprendemos de nuestra historia si hemos mirado solo el lado masculino marginando a la otra mitad de la humanidad en el proceso?

Algo tan simple como un libro me ayudó, de cierta manera, a “dignificar” mi nuevo oficio y a no sentir que pasaba de ser una mujer intelectual a ser una persona superficial. Me llenó de coraje, porque me di cuenta de que a lo largo de la historia de la humanidad, parece que hasta al personaje histórico más avezado le habían dicho que no se podía, que no se debía o que había que hacerlo diferente. Especialmente si era mujer. Yo, como ser humano común y corriente del siglo XXI, me vi reflejada y esperanzada frente a esas historias. Encontré sentido.

En mis veintitantos y con un temor especial a lo desconocido (exacerbado por las constantes críticas sociales a mi trabajo), me aferré a mis amadas literatura e historia para seguir soñando y jugármela por salir adelante con un plan que se veía totalmente descabellado en una época en la que no existían todavía los influenciadores y cuando nadie se imaginaba que en el futuro prácticamente todos nos cruzaríamos laboralmente con el mundo digital. Hoy nadie se salva, ni grandes eruditos ni presidentes ni la panadería de la esquina, es tan sencillo como se lee: si no estás en redes sociales, no existes.

Con el tiempo, las críticas no me tocaron ni en lo más mínimo, porque yo le encontraba pleno sentido a lo que estaba haciendo, me sentía coherente. Tenía un plan: triunfar, y lo estaba logrando, y si fracasaba, fracasaría orgullosa, cual guerrera caída en una batalla en la que creía absolutamente. Ahí empezaron mis primeras conclusiones: **el sentido tiene que ver con la coherencia, la coherencia es lo que te da fuerza interna y si fracasas aun cuando tengas claro qué quieres, la coherencia te dice que todo valió la pena.**

Pronto los años pasaron y de golpe se convirtieron en diez años de oficio. Yo ya no era el objeto de estudio de nadie, ya que todos los focos estaban puestos en una nueva generación perdida: ¡más perdida supuestamente que la mía! Rápidamente pasé a formar parte de un núcleo tradicional dentro de mi trabajo (algo que me da aún un poco de risa) y los cuestionamientos se transformaron en aplausos (pero analizar esto daría para otro libro o podríamos llamar nuevamente al señor del artículo).